

El miedo acecha al Otro. Aproximaciones a “Los iniciados” de Abelardo Castillo.

María Silvina Sánchez
CIFFyH (UNCórdoba)/Argentina

La conciencia se conmueve sobre su emoción, la intensifica.

Cuanto más se huye, más miedo se tiene.

Jean-Paul Sartre

Síntomas de una época: Los ´60 en Argentina.

Abelardo Castillo¹ incursiona por primera vez en el género cuentístico, al publicar, en 1961 *Las otras puertas*. El volumen cuenta con doce cuentos, divididos en cuatro secciones. La primera sección se titula “Los iniciados” y se compone de cinco cuentos: “La madre de Ernesto”, “Conejo”, “Fermín”, “El marica” y “Hernán”. Estos cuentos poseen como rasgo diferenciador el rito iniciático por el que transcurre el paso de todo hombre hacia la adultez y el miedo como operador de la interpelación del yo con un Otro. Pero antes debemos reparar en el contexto socio histórico en el que fueron producidos estos

¹ La trayectoria creativa del escritor argentino Abelardo Castillo (Buenos Aires, 1935) abarca casi todos los géneros literarios. Ha escrito novelas, cuentos, teatro y ensayos críticos. Fue fundador y editor de tres importantes revistas literarias: *El grillo de papel* (1959-1960), con Arnoldo Liberman y Humberto Costantini; *El escarabajo de oro* (1961-1974), con Liliana Heker, y *El ornitorrinco* (1977-1986) con Liliana Heker y Sylvia Iparraguire. *El escarabajo de oro*, que aparecerá hasta 1974, apuntó a una fuerte proyección latinoamericana y es considerada una de las revistas más representativas de la generación del ´60. Formaron parte de su “Consejo de Colaboradores” Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Miguel Ángel Asturias, Augusto Roa Bastos, Juan Goytisolo, Félix Grande, Ernesto Sábato, Roberto Fernández Retamar, Beatriz Guido, Dalmiro Sáenz, entre otros. Allí publicaron por primera vez sus textos Liliana Heker, Ricardo Piglia, Humberto Costantini, Miguel Briante, Jorge Asís, Alejandra Pizarnik y Haroldo Conti. Por su parte, *El ornitorrinco* significó una destacada forma de resistencia cultural durante la última dictadura dentro del país.

cuentos: ¿Qué pasaba en los '60 en Argentina? ¿Cómo era el mundo literario, histórico y político de esa época?

Castillo representa a una generación formada centralmente en la década de 1960, años caracterizados como de expansión de fronteras culturales y de nuevas perspectivas estéticas. El autor, que como dijimos empezó a publicar en 1961, en la actualidad es mencionado como referente indiscutible de la literatura argentina contemporánea. Como él, muchos artistas participaron activamente en el ámbito público, constituyendo un aparato intelectual destacado por las relaciones estrechas que estos privilegiaron entre sus pares, tanto a nivel nacional como internacional.

La década del sesenta manifiesta las consecuencias que se produjeron en la Argentina a raíz de uno de los hechos históricos más importantes del siglo pasado: el peronismo. El coronel Juan Domingo Perón (1895-1974) fue uno de los miembros más destacados del grupo militar que toma el gobierno el 4 de junio de 1943. Perón forja un vasto movimiento político en torno a su persona, que luego le permitiría ganar las elecciones, en febrero de 1946. Según su propia concepción, el Estado, además de dirigir la economía y velar por la seguridad del pueblo, debía ser el ámbito donde los distintos intereses sociales, previamente organizados, negociaran y dirimieran sus conflictos. El Partido Peronista siguió políticas sindicalistas, nacionalistas y populistas, con la ayuda de la esposa de Perón, María Eva Duarte (1919-1952), que pasó a ser un miembro influyente de su gobierno.

La novedad del gobierno peronista fue la incorporación de los sectores populares a ámbitos visibles, anteriormente vedados, y la consolidación de la clase media, entre otros aspectos subrayados. El reconocimiento de la existencia del pueblo trabajador y el ejercicio de nuevos derechos estuvieron asociados con la acción del Estado. Por ejemplo, la nueva Secretaría de Trabajo y Previsión (creada por iniciativa del coronel Perón) produjo, a partir de 1943, cambios fundamentales respecto de los gobiernos anteriores, tendientes a establecer una relación más fluida con el movimiento obrero. Para lograr tal objetivo se sancionó una serie de reformas en la legislación laboral. Una de ellas fue la elaboración del Plan Quinquenal, que intentó transformar la estructura económica del país fomentando la industria y estimulando el mercado interno. Entre otras medidas adoptadas, se estableció un salario mínimo y se procuró mejorar las condiciones de alimentación, vivienda y empleo de

los trabajadores rurales y urbanos; se instituyó un seguro social y jubilación a dos millones de personas, como así también, el establecimiento de aguinaldo para todos los trabajadores.

Las reformas impulsadas por Perón trajeron como consecuencia un acercamiento político entre el Estado y el movimiento obrero. El apoyo a estos cambios provino de diferentes sectores del sindicalismo. Una gran parte de los viejos obreros (nucleados en los gremios conducidos por los sindicalistas revolucionarios y socialistas) y la casi totalidad de los nuevos obreros se pronunciaron a favor de la nueva política social. Esto fue el inicio de la formación de un bloque social y político, constituido decisivamente por gran parte de los trabajadores a través de sus organizaciones sindicales.

Con respecto al campo literario en particular, Avellaneda afirma:

Dos direcciones principales se recortan con claridad en el panorama literario de mediados de la década del cuarenta, la antiperonista y la properonista [...] Si por una parte los intelectuales properonistas pretenden abrir un espacio ideológico distinto, proponer un programa cultural y literario diametralmente opuesto al de *Sur*,² por otra parte emplean una parecida estrategia de autoridad cultural e institucional y repiten muchas de las prácticas discursivas del sector con el que se enfrentan. Al proyecto *Sur* (difusión de la literatura europea, cultura como patrimonio acentuadamente espiritual, de escasa dependencia respecto de la sociedad y de la historia) oponen desde las páginas de la revista *Sexto Continente* un programa de integración latinoamericana y un concepto de literatura no especializada de ecos iluministas. (Avellaneda, 1983:18)

Una de las reformas políticas más importantes realizadas por el peronismo fue la sanción de una nueva Constitución Nacional, en 1949. En ella se incorporaron los derechos sociales conquistados por el movimiento obrero y la legalización de los cambios económicos, especialmente la política de nacionalizaciones del comercio exterior, de combustibles y transporte. En el orden político se implantó la reelección presidencial y la instauración del voto directo en los comicios nacionales. La oposición resistió a la nueva Constitución porque consideraba que era el resultado de un afán personalista de Perón, para

² *Sur* fue una revista literaria fundada en 1934 por Victoria Ocampo, cuyo último número se publicó en 1992. Tuvo entre sus colaboradores a figuras como Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, José Bianco, Waldo Frank, Walter Gropius, Alfonso Reyes, entre otros. La revista tuvo en su momento un claro perfil antinazi, antifascista y antifranquista, y celebró el triunfo aliado en la Segunda Guerra Mundial. Paralelamente tomó un claro perfil antiperonista, y festejó la caída del gobierno de Juan Domingo Perón a manos del golpe militar de la Revolución Libertadora en 1955.

conseguir la reelección presidencial. Además, los socialistas se quejaron porque entre los derechos de los trabajadores no figuraba el derecho de huelga, y los conservadores denunciaron el perfil excesivamente presidencialista de la reforma. Ésta finalmente fue aprobada y tuvo vigencia práctica hasta la caída de Perón en 1955. El hecho revela cómo las acciones propulsadas por el peronismo comenzaron a ser registradas de diferentes formas entre los distintos sujetos sociales.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, la difícil situación internacional, los mercados cerrados, el fuerte boicot norteamericano contra nuestro país y dos malas cosechas consecutivas, obligaron a Perón a replantear su política económica. Con ese fin, en 1952, el gobierno adoptó un nuevo rumbo económico, ratificando el Segundo Plan Quinquenal. Para reducir la inflación, se restringió el consumo interno. Se evidenció un estancamiento industrial, por lo que el gobierno puso sus mayores esperanzas en la concurrencia de capitales extranjeros.

El 16 de septiembre de 1955 estalló en Córdoba una sublevación militar que encabezó el general Eduardo Lonardi, quien se presentó, pocos días después, como el presidente provisional de la Nación. A dos meses de iniciada su gestión, Lonardi fue reemplazado en la presidencia por el general Pedro Eugenio Aramburu, más afín a los sectores liberales y antiperonistas. Las consignas de la llamada “Revolución Libertadora” coincidían con las tendencias liberales de Occidente. La proscripción del peronismo, y con él la de los trabajadores, definió una escena política inestable, que abrió camino a la puja entre las grandes fuerzas corporativas. El partido peronista fue disuelto y se intervinieron la CGT y los sindicatos. Se prohibió cualquier propaganda favorable al antiguo gobierno y su líder empezó a ser designado como “el tirano prófugo” o “dictador depuesto”. Finalmente, se derogó la Constitución de 1949.³

En 1957, acosado por dificultades económicas y una creciente oposición sindical y política, el gobierno provisional empezó a organizar su retiro y a cumplir con el compromiso de restablecer la democracia, pero con el peronismo proscripito del sistema de partidos políticos. Arturo Frondizi, candidato radical, asume la presidencia y gobierna entre

³ El gobierno militar asumido en 1955 nunca deroga la Reforma constitucionalmente, sino a través del Decreto 229/56. El artículo 14 Bis, que hace referencia a los derechos de los trabajadores, es luego incorporado a la nueva Constitución.

mayo de 1958 y marzo de 1962, año en que el ejército lo depone y es reemplazado por el presidente del Senado, José María Guido. En julio de 1963, Arturo Illia, candidato de la UCR, asume la presidencia de la Nación.

Mucho de los intelectuales antiperonistas pasaron a regir las instituciones oficiales y el campo de la cultura. El principal foco de la renovación cultural estuvo en la Universidad. Estudiantes e intelectuales progresistas se propusieron “desperonizar” la Universidad y luego modernizar sus actividades. La Universidad se gobernó según los principios de la Reforma de 1918, a través de la autonomía y el gobierno tripartito de estudiantes, profesores y egresados, convirtiéndose en un polo crítico no solo del gobierno sino de tendencias cada vez más fuertes en la sociedad y la política. En palabras de Silvia Sigal:

...el primer lustro posperonista fue simultáneamente apertura a la modernización y crisis de la unidad forjada en el antiperonismo. [...] En lo que había sido la tradición progresista del antiperonismo, se fueron separando así dos zonas de actividad intelectual. En la primera, se encuentran las ciencias sociales que avanzaban en los claustros universitarios [...] En la segunda, en ámbitos no institucionalizados sino entramados en obras, publicaciones periódicas y formas efímeras de organización, están las autocríticas, la duda y las revisiones acongojadas, que veremos explicitadas en *Contorno*. (Sigal, 1991:122)

Afirma Avellaneda que “los escritores más jóvenes que comienzan a publicar sus primeros libros hacia 1960 recogen con perplejidad la confusa herencia de pasajes recíprocos entre el sistema literario y el político-ideológico elaborados a partir de la experiencia del peronismo”. (1983:25) Esta nueva generación recoge la discusión ideológica desarrollada hasta ese momento, para replantear objetivos político-culturales diferentes y para elaborar lenguajes, significaciones, prácticas literarias diversas que, de alguna manera, incluyen ese replanteo. Ahora bien, estas afirmaciones no llegarían a entenderse en su complejidad sino asistimos conjuntamente a ciertos procesos históricos internacionales que modelan el espíritu de los escritores del ´60.

En el orden internacional, el repaso de los hechos revela la importancia que cobró para Latinoamérica la Revolución Cubana de 1959, liderada por Fidel Castro, y que triunfó después de 25 meses de lucha guerrillera. Hasta ese entonces, Cuba había estado bajo la tutela económica y política de los Estados Unidos, incluyendo ocupaciones militares (1898,

1902 y 1906). En un contexto de plena Guerra Fría, la administración estadounidense consideró al nuevo gobierno cubano un serio peligro, no sólo por el hecho de tener tan próximo un régimen potencialmente aliado como era la Unión Soviética, sino porque desde muy temprano quedó en evidencia que los nuevos dirigentes tenían intenciones de prestar apoyo a otras revoluciones que extendiesen el socialismo y el comunismo en Latinoamérica. Por ello, dos años más tarde, Estados Unidos intentó derrocar al gobierno cubano de Fidel Castro, con resultado negativo. El fracaso del desembarco de tropas norteamericanas en Bahía de los Cochinos en 1961, sumada a la amistad política entre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y Cuba, llevó un año más tarde a la denominada *Crisis de los misiles*. Fue la más importante confrontación de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la URSS, a causa de las instalaciones de misiles proporcionados por los soviéticos a Cuba. En mayo de 1960, el primer ministro soviético, Nikita S. Krushev, había prometido que la Unión Soviética defendería el recién creado gobierno revolucionario de Fidel Castro, por lo que enseguida inició proyectos para suministrar a Cuba de misiles balísticos.

Después de una semana de consultas secretas con sus asesores, durante las que se barajaron las opciones de invasión, ataques aéreos, bloqueo y diplomacia, el 22 de octubre de 1960 el presidente estadounidense, John Fitzgerald Kennedy, anunció su intención de realizar el bloqueo naval de Cuba para evitar la llegada de más misiles. Kennedy requirió que la Unión Soviética desmantelara y se llevara las armas, declarando que las fuerzas navales estadounidenses interceptarían e inspeccionarían los barcos con rumbo a Cuba para determinar si llevaban misiles.

Las naves soviéticas con rumbo a Cuba regresaron para evitar la zona controlada, mientras que el diálogo entre Krushev y Kennedy se abrió a través de canales diplomáticos. Tras varios días de negociación, en la que se temió la posibilidad de una guerra nuclear, Krushev acordó, el 28 de octubre, desmantelar el emplazamiento de los misiles y llevar las armas de nuevo a la Unión Soviética.

Aún más allá de esa crisis inicial antes detallada, considerada la primera revolución socialista consolidada en América Latina, los hechos propiciados en Cuba abrieron espacios a nuevas ideas y a una renovación del pensamiento social del continente latinoamericano. A partir de lo ocurrido en la isla caribeña, gran parte de la juventud argentina reaccionó con

entusiasmo y debatió la posibilidad de repetir la insurrección en el país, en un intento de forjar una identidad propia.

Estos dos hechos (Revolución cubana y *Crisis de los misiles*), en el contexto de posguerra y guerra fría, más una multitud de conflictos bélicos a partir de los mismos, suscitaron en los intelectuales la necesidad de nuevas interpretaciones de los acontecimientos sociales, lo que adquirió gran importancia en nuestro país. Dentro de este marco tomaron significación tanto la expansión de las filosofías existencialistas (en particular la vertiente sartreana) y marxistas, como las guerras antiimperialistas y la importancia creciente de los países denominados del “Tercer Mundo”.

Los cambios comienzan a suscitarse: los hábitos, las estéticas, los gustos, las tendencias creadas durante el período han incidido hasta nuestros días. Para comprender la gran renovación cultural que se produjo en Argentina durante los años ‘60, hay que tener en cuenta un proceso socioeconómico de dimensión mundial que se desarrolló a partir de mediados de la década del ‘50: la expansión de las empresas transnacionales, de origen principalmente norteamericano (en lo que a Latinoamérica se refiere), durante el período.

Después de la Segunda Guerra Mundial la inversión de empresas privadas en países subdesarrollados y en vías de desarrollo, comenzó a estar asociada de forma creciente a la expansión de las grandes empresas y la creación de filiales en dichos países. Aunque no exclusivo, la transnacionalización de la empresa fue un fenómeno, en un principio, fundamentalmente americano, que sirvió para poder obviar las barreras arancelarias levantadas por muchos países extranjeros. Estas empresas utilizaron el excedente de capital producido durante los años ‘50 para transferirlo en forma de préstamos con altos intereses o en forma de inversiones a otros países: a Europa occidental, a Japón y a América latina.

En el seno de las sociedades capitalistas surgieron diversos tipos de subculturas. La más importante de todas fue la cultura juvenil que, con los años, fue fragmentándose cada vez más en diversas “tribus” de jóvenes urbanos. En nuestro país, mientras algunos jóvenes se integraron al naciente movimiento de rock nacional, otros se sumaron a la militancia en partidos de izquierda o movimientos políticos.

Se produce una radicalización de la juventud, tanto en el aspecto ideológico, como en el político y cultural. Muchos de ellos adherían a esta nueva izquierda en ascenso. Se encuentran estudiantes universitarios, muchos militantes de partidos políticos, cuya

principal preocupación, a principios de los '60, era comprender la relación entre el peronismo proscripto y la clase obrera. Estaban influidos por el pensamiento del líder chino Mao Tse Tung, por la Revolución Cubana, y por los movimientos anticolonialistas africanos. Los jóvenes de izquierda argentinos intentaban alcanzar un “socialismo nacional”, que sintetizara el pensamiento marxista, el peronismo y la realidad latinoamericana. Manifestaban sus convicciones de reivindicaciones sectoriales y daban cuenta de sus ideales pacifistas.⁴ Convergían en sus reivindicaciones críticas respecto a lo social con el movimiento obrero, cuyos derechos laborales y situaciones socioeconómicas y culturales habían experimentado un retroceso notable debido a las políticas y economías desarrollistas y trasnacionales que los estados represivos del período implementaron.

Pero la vertiente izquierdista no termina allí, sino que se amplía y toma varios rumbos, acorde a su actitud política. Oscar Terán (1991) describe cómo en los '60, en Argentina, se conformó una serie de núcleos ideológicos portados por un conjunto de intelectuales denominados “contestatarios”, “denuncialistas” o “críticos”, dibujando así la figura del intelectual “comprometido”. Este compromiso es, entre otros aspectos, producto de la traducción de algunas líneas interpretativas del pensamiento sartreano a la situación argentina, con el fin de articularse con verosimilitud en una red de problemas nacionales. De este modo, el existencialismo sartreano fue uno de los responsables de la vasta influencia en el compromiso de los intelectuales dentro del campo político. La recepción de dicha corriente filosófica se verifica en una preocupación por eludir ese cierto aire de “espiritualismo” ahistórico hasta entonces dominante en toda Europa y en gran parte de los sectores letrados argentinos. Este nuevo grupo de intelectuales (entre los que se encontraban Ángel Vasallo, Vicente Fatone y Carlos Astrada), atraídos con vigor por las cuestiones sociales y políticas, encontró en aquellos desarrollos filosóficos franceses un referente privilegiado para procesar su propia concepción de la realidad.⁵ Por ello, el autor de *La náusea* (1938) y *El ser y la nada* (1943) es fundamental para la comprensión de rasgos considerables de la cultura argentina de esta etapa. Terán destaca la importancia, en

⁴ En la década del '60, surge en Norteamérica el movimiento hippie, conformado, en su mayoría, por jóvenes de clase media, y caracterizado por una anarquía no violenta, rechazo al materialismo occidental, y una fuerte preocupación por el medio ambiente. Sus características de rebeldía, audacia y anticonvencionalismo se extendieron desde Estados Unidos a Europa y Latinoamérica.

⁵ Cabe destacar que Carlos Astrada fue uno de los intelectuales destacados en su diálogo productivo con el existencialismo heideggeriano. Ver TERAN, Oscar. *Nuestros Años Sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en Argentina 1956-1966*. PuntoSur Editores, Buenos Aires, 1991.

cuanto a recepción y reelaboración del existencialismo, del grupo de la revista *Contorno*.⁶ Dentro de este grupo, los principales adherentes del existencialismo fueron Oscar Masotta y Juan José Sebreli, quienes consideraban al existencialismo como un fenómeno revelador de la realidad.

Se insta así, por lo senderos del existencialismo y del marxismo, a la praxis, puesto que, bajo estos parámetros ideológicos, la franja “denuncialista” de la nueva izquierda estaba decidida a actuar y dejar de vivir en una especie de “invernadero ideológico” (Terán: 1991: 25). Fueron ellos quienes sintieron la asunción de una situación nacionalmente connotada por la angustia, encontrando en el existencialismo sartreano un clima propicio para la “socialización” y “nacionalización” de preocupaciones que debían desembocar en la problematización del fenómeno peronista, como dato inexcusable de la realidad, y que debía ser tratado. Fue así que esta franja contestataria se halló en la encrucijada definida, desde un costado, por una exigencia ideológica de compromiso con la realidad sociopolítica y, desde el otro, por la necesidad de alianza con una clase obrera masivamente adherida a una ideología y práctica peronistas. De manera que, tanto desde la izquierda peronista como marxista, la voluntad política se comunicaba con la idea de una transformación social por vía de la violencia armada. Este objetivo implicó intentar jaquear las fuerzas armadas del régimen para hacer posible la insurrección del proletariado.

Durante este período, algunos escritores jóvenes, entre ellos Abelardo Castillo, se plantearon proyectos utópicos respecto a sus ideas de nacionalidad. Sin embargo, en el devenir de los años, en muchos casos debieron asumir el fracaso de sus aspiraciones. Un hecho significativo para el escritor fue que, en 1960, el gobierno de Arturo Frondizi prohíbe la publicación de *El Grillo de Papel* por su adscripción al pensamiento de izquierda y, en particular, a la lectura del marxismo desarrollada por Jean-Paul Sartre. Ya en su primera edición se declaraba: “creemos que el arte es uno de los instrumentos que el hombre utiliza para transformar la realidad e integrarse a la lucha revolucionaria”. (1959: 13) Esta frustración abrió una fisura que incidió en todos los órdenes de la realidad, lo cual significó, para los jóvenes escritores que comenzaban su labor literaria, el establecimiento de ciertas

⁶ *Contorno* fue una revista literaria que publicó sus números entre 1953 y 1959, proveniente del Centro de estudiantes de Filosofía y Letras de la UBA y de los escritores que se agruparon en lo que se llamó “generación del 55.”

marcas de época, tales como la preocupación por la literatura en sí y la reflexión acerca del papel del escritor en la sociedad.

Jean Paul Sartre, uno de los mayores exponentes del existencialismo en el Siglo XX, toma conceptos de Freud, Nietzsche, Heidegger y Kierkegaard, entre otros, para postular su propio sistema filosófico, donde objetiva y diferencia el Ser, la Existencia y la Nada.

Uno de los puntos fundamentales de su obra es el concepto de *Mala Fe*, la negación que uno mismo se realiza para negar la conciencia de libertad:

En la actitud de la mala fe, la conciencia dirige su negación hacia sí misma, en lugar de dirigirla hacia afuera. Uno se enmascara la verdad a sí mismo, en lugar de enmascararla a los otros, como se hace al mentir. En la mala fe, uno sabe que se está engañando a sí mismo. (Sartre, 1991: 91-92)

Sin embargo, de eso se trata la búsqueda, de un proceso de descubrimiento:

Si no hay un fundamento exterior para el hombre (un orden racional, un dogma, etc.), lo tiene que descubrir él mismo. No hay nada exterior que le dé su valor. Él es su propio valor y sólo haciendo cosas lo mostrará. Por su propio esfuerzo, partiendo de la angustia primera, dará, pues, un significado a su vida. (Lamana: 1967: 23)

Gran parte de los jóvenes del sesenta tuvieron una marca generacional indeleble, gracias a un fuerte legado sartreano: la del compromiso. En ellos se dio una doble apropiación: la consideración de los valores sociales imperantes en su realidad y la visión idealista de una sociedad posible. Esta postura era ineludible para los intelectuales encargados de liderar los cuestionamientos de una sociedad en permanente lucha de valores. Claudia Gilman afirma: “Lo político en la literatura era entonces una concesión necesaria y coyuntural, un algo exterior que la literatura debía incluir dentro de sus preocupaciones para asumir un rol que no era el suyo”. (Gilman, 1997: 183)

Sin embargo, en el caso particular de Castillo, el compromiso no se vale de la producción literaria como instrumento de lucha; ante todo se fundamenta en el compromiso que implica al escritor de una manera global. Afirma el autor:

Nosotros los escritores, ya en los años sesenta, habíamos visto que en la literatura de ficción no cabía el compromiso. La exigencia del compromiso era para el hombre que creaba esa literatura, pero la literatura en sí misma no debía someterse a ningún compromiso. Cortázar fue un hombre profundamente comprometido, y su mejor obra es totalmente ajena a todo compromiso. (Castillo, 1996)

Castillo define la obra literaria como artefacto no comprometido a priori. Para él, existe una actitud de compromiso ante el mundo, anterior a toda expresión artística. Así, enuncia un programa que sostendrá a lo largo de su práctica literaria y cultural.

En conclusión, la década del '60 concibió al intelectual como un sujeto social construido en el seno de fuertes vertientes ideologizadas respecto a la visión de la realidad. En este universo, se trazaron fronteras móviles que permitieron agrupar a una fracción de intelectuales definidos en sus intereses por cambiar aspectos sociales y políticos de nuestro país. Dentro de este acervo ideológico, lograron identificarse como un actor cultural, con perfil reflexivo y una interpretación dialéctica como requisito metodológico primario para el abordaje de la realidad.

¿Quién es quién?

No es nuestra intención recrear un recorrido cronológico sobre el concepto del Otro, sino más bien traer aquello que nos sirve a nuestros intereses. En este sentido, nos encontramos con un desarrollo de dicho concepto propuesto por la filosofía existencialista de Jean Paul Sartre.

Todos los días conocemos a personas y tenemos encuentros de diferente índole: desde familiares hasta profesionales, técnicos y amorosos, por nombrar algunos. Nadie, por lo tanto, dudaría de la existencia de los otros ya que la comprensión de aquella queda implícita. Sin embargo, a Sartre no le parece descabellado preguntárselo, sino que más bien tematiza sobre esta cuestión para fundamentar su propia fenomenología. El pensador francés percibe el papel crucial que tiene la presencia ajena en la articulación de nuestra propia existencia en su sentido filosófico más profundo, que es la libertad. Y si bien no es el primero en abordar esta cuestión –Descartes, Hegel, Husserl tematizaron al respecto–, sí inaugura un nuevo modo de abordarla, colocando a la mirada como estructura ontológica y descubrir desde allí la mirada del otro, un hecho tan cotidiano como revelador.

La etapa fenomenológica de Sartre⁷ es sumamente rica en donde realiza un estudio de la realidad humana y en su teoría del ser-para-otro que el filósofo desea proponer. En los primeros capítulos de *El ser y la Nada* (1943) Sartre revela dos dimensiones del Ser: el ser-en-sí y el ser-para sí. El ser en-sí es lo que es, es el ente, el ser de los objetos y su modo de ser es la identidad. En la medida en que los humanos tenemos un cuerpo, también tenemos un ser-en-sí. Pero lo específicamente humano es el ser-para-sí, y es para-sí porque está en referencia consigo mismo. ¿Pero es solamente eso? Esta pregunta propicia abrimos paso hacia la experiencia del prójimo, experiencia no desprovista de cierta vergüenza. ¿Por qué? Porque ante un otro la vergüenza es signo de reconocimiento de mí mismo, es conciencia intencional de ese algo que soy yo. Esta “vergüenza ante alguien” nos lleva al camino del problema de la intersubjetividad y del tercer modo de ser: el ser-para-otro. Junto a la certeza de la propia existencia se obtiene la certeza de la existencia del prójimo. Pero el ser-para-otro no se deriva del para-sí, no es producto del conocimiento o un saber, sino que el prójimo es también necesario e irreductible. Entonces, la existencia de uno mismo no es más que la remisión a otro, donde todo conocimiento de uno mismo es a través de otros. La caída original constituye la existencia de los otros y es a través de sus miradas que se percibe la enajenación de nuestras posibilidades.

La pregunta pertinente que deberíamos hacernos es cómo pensó (y piensa) Abelardo Castillo a “los otros”. ¿Cómo ese interrogante se formuló como engranaje principal en sus producciones literarias? ¿Qué es lo que mueve tanto su interés? ¿Qué hay de intrigante ahí, en ese intersticio oscuro donde el escritor busca con su escritura iluminar?

Creemos que en los cuentos incluidos en “Los iniciados” los personajes resultan ser muy crueles en las acciones que desarrollan. Y es en ese acto donde el Otro toma forma. En ese estado de conciencia en la que pueden valorar sus propios actos es donde sobreviene la vergüenza. Resulta interesante en este análisis de la otredad en Castillo, cómo opera este sentimiento en estos relatos. La vergüenza proviene de la dicotomía entre el ser-para-el-otro y el ser para-sí. Polaridad que conlleva en su seno una defraudación, porque el otro sigue viendo en nosotros aquellos que, de algún modo, seguimos siendo. Veamos.

⁷ Dentro de la trayectoria filosófica de Sartre podemos encontrar dos grandes etapas en la evolución de su pensamiento. Una de ellas culmina con la aparición del *Ser y la Nada* (1943), de corte marcadamente fenomenológico, mientras que en su segunda etapa encontramos a un Sartre volcado a la colectividad, estudioso del marxismo y con un papel político activo. *Crítica a la razón dialéctica* (1960) es la obra que define esta etapa.

En “La madre de Ernesto”, el personaje de la prostituta ve en los niños que acuden al burdel algo de lo que ellos eran: amigos de su propio hijo. En “Hernán”, el personaje finge ser alguien que no es. En ese acto engañoso defrauda a la señorita Eugenia y miente con su ser-para-el-otro. En “El marica”, el narrador posee un deseo frustrado puesto que el narrador se muestra ante su amigo César como un “hombre”, porque verdaderamente ese es su deseo.

En el análisis de “Los iniciados” –y sabiendo que la fenomenología sartreana se encuentra presente- cabe preguntarse, ¿qué experiencias nos abre camino hacia la presencia del otro? Pues bien, es la vergüenza que subyace y anima las confesiones de sus protagonistas, vergüenza que deja en relieve el contraste entre el ser-para-otro y el ser-para-sí.

Ahora bien, siguiendo el hilo del análisis, resulta interesante observar en qué lugar Sartre coloca al miedo dentro de su fenomenología. ¿Existe un miedo primario a la otredad? Cuando los personajes de los cuentos que intentamos analizar se avergüenzan y confiesan, ¿sienten miedo en algún momento?

La valoración del miedo.

El miedo en los cuentos de Abelardo Castillo resulta clave para entender la complejidad de los cuentos que se incluyen en “Los iniciados”. Hay una confesión del temor que llega a niveles de lo absurdo, un miedo que en realidad no es miedo, es angustia. Angustia existencial.

Esta emoción vivida por los personajes nos puede ayudar a comprender uno de los ejes de fuerza polarizadora de su poética, cual sea el de la constatación paradójica de lo efímero de nuestra condición. ¿Cómo? En “La madre de Ernesto” el miedo se cuela entre las conversaciones de los niños que desean convencerse a sí mismos de que lo que van a hacer, no es errado. “Daba un poco de miedo decirlo, pero en secreto, ayudábamos a Julio para que nos convenciera; porque lo equívoco, lo inconfesable, lo monstruosamente atractivo de todo eso, era, tal vez, que se trataba de la madre de alguno de nosotros.” (Castillo, 2008: 35) Aquí lo que sobreviene es el miedo ante un acto que los llena de angustia y culpa, y la escritura parece ser un modo de expiarla.

En “Hernán” este propósito es más patente puesto que la confesión del acto intenta esconderse bajo la máscara de un simple testigo de los hechos: “de pronto me dio miedo olvidar esa historia. Pero si yo la olvido nadie podrá recordarla, pero es necesario que alguien la recuerde, Hernán.” (Castillo, 2008: 51) Pero a medida que transcurre la narración presenciamos el paso hacia un narrador protagonista. Es el propio Hernán, confesando su culpabilidad y la vergüenza que de ese acto deviene: “Por eso, sin pensarlo más, él la invitó a dar un paseo por los astilleros, y los otros, codeándose, vieron cómo la infeliz aquella salía disimuladamente, seguida por su ridículo olor a alcanfor y seguida por mí...” (Castillo, 2008: 54)

En “Fermín”, el personaje intenta mostrarse “guapo” ante la mirada de los otros cuando, en realidad, él siente miedo. En la escena en la que Fermín intenta sacar su cuchillo para dar pelea, renuncia fácilmente al no encontrar su cuchillo en su cinto. El miedo invade y Fermín intenta reparar la vergüenza generada con una venganza mal direccionada. Paga los trabajos sexuales de una prostituta con el vestido que había comprado para su mujer.

Hay una evidente tensión amenazadora en la relación del hombre con ese otro, símbolo que rebasa y trasciende la esfera de lo visible. En ese sentido, no habría reposo posible para el hombre, porque nuestro “estar en el mundo” está marcado por la amenaza constante de ese miedo devenido en vergüenza y culpa.

El otro surge instantáneamente en el revés castillense con el fin de poner en evidencia “la manera de ser del hombre”: el terrible dolor de la pérdida y de la eterna despedida que nos asola. Lo terrible es lo que acaba siendo importante en la poética castillense: lo efímero, lo inefable y el adiós existencial.

Junto a la escritura de su pensamiento y a lo que ella implica, aparece el *Dasein*, “existencia”, compuesta por *Da*, “aquí”, y *Sein*, “estar”. Y aquí se revela, entonces, la gran misión del escritor, que es sobretodo “decir”, justamente por medio de esa conciencia de lo efímero, y que las cosas, por sí solas, no consiguen revelarse. Tal vez estemos aquí para decir que las propias cosas nunca pensaron ser en lo íntimo, y tales cosas, que viven de la percepción de los otros pueden reconstruirles un valor, un ser. Aquí el escritor procura ser agente de una profunda metamorfosis de las cosas, y que, al celebrar su carácter efímero, se tiene plena conciencia de lo transitorio.

En Castillo se defiende la tesis de que la identidad tiene lugar desde la alteridad, desde la mirada del otro que nos objeta; otro que nos seduce y al que seducimos, al que miramos y porque somos vistos. En este sentido, somos seres para otros y no solo por la teatralidad y el simulacro propios de la vida, sino por la inquisidora mirada del otro que nos constituye; en ella y por ella nos reconocemos. Así, el yo viene a la existencia por la intermediación de la consciencia que lo constituye para significar su propia individualidad y su propia unidad.

Siguiendo a Sartre, en su teoría fenomenológica de las emociones, la conciencia emocional es ante todo conciencia de mundo, es estar volcado sobre el mundo. Que en “Fermín” el personaje sienta deseos de venganza; que en “El marica” se perciba una confesión empujada por la culpa; que al personaje de “Hernán” lo sucumba la vergüenza de su antiguo acto; que el niño en “Conejo” sienta un odio hacia sus padres que puede traducirse en miedo a la soledad, producto de la angustia; tales cosas son ejemplos de cómo las emociones son constitutivas del hombre.

La conciencia se transforma a sí misma para transformar el mundo. La conciencia, señala Sartre, no se limita a proyectar significaciones afectivas sobre el mundo que le rodea: vive en el mundo que acaba de crear.

Sartre nos señala mediante ejemplos ciertos rasgos propios del miedo:

Es evidente que el hombre que tiene miedo, tiene miedo de algo, aún tratándose de una de esas angustias imprecisas que suelen experimentarse en la oscuridad en un pasadizo siniestro. Aquí tiende a describirse erróneamente la huída con miedo como si tal huída no fuera ante todo una huída ante cierto objeto como si el objeto del que se huye permaneciera constantemente presente en la misma huída como su tema, su razón de ser, como aquello ante lo cual se huye. En una palabra, el sujeto emocionado y el objeto emocionante se hallan unidos en una síntesis indisoluble. La emoción es una determinada manera de aprehender el mundo, una manera en que el mundo se me presenta, aunque también puede ser un intento (o un modo) de modificarlo. Aquí cabe una paradoja ya que si en los intentos de modificar o transformar el mundo se fracasa es posible y natural irritarse, de donde se puede colegir que la irritación es también una manera en que se nos aparece o presenta el mundo. Lo que aquí cabe precisar es que aún en esta operación sobre el mundo para modificarlo el sujeto no abandona el plano irreflexivo. (Sartre, 1973: 88)

¿Qué es lo que nos quiere advertir Sartre? ¿A qué supuestos debemos interpelar? La conciencia cree fehacientemente en el mundo que ha creado porque indefectiblemente la siente, la sufre. Cae cautiva entre sus garras, y por eso, cuanto más se huye, más miedo se tiene. “El miedo es una conciencia que pretende negar, a través de una conducta mágica, un objeto del mundo exterior que aparece como amenaza, procediendo incluso a aniquilarse [a perderse] a sí misma con tal de anular la eficacia del desastre que el objeto comporta.” (Sartre en Vásquez Rocca, 2012: 9)

Qué es el miedo sino la clave para entender a sus personajes. El miedo está presente. Se cuela en el papel en forma de superación. Se masculla en las confesiones de “Fermín”, “El marica”, “Hernán”, “Conejo” y “La madre de Ernesto”; se detiene en la respiración, invita a seguir adelante con la empresa por más que los personajes sean conscientes de lo que ese acto puede generar.

La vergüenza y lo sórdido de la situación se constituyen tanto psíquica como corporalmente en estos relatos. Sin embargo, este hecho es irreflexivo, es decir, supone todavía la toma de conciencia respecto a lo vil de aquellos actos. Sin embargo, cuando se es sorprendido en aquella acción, es decir, cuando se es visto por otro, o más precisamente, cuando uno mismo se aprehende como objeto de su propia mirada, extraña, sólo entonces, cuando se objetiva, nos traspasa y nos indica, funestamente, que el infierno son los otros.

“Los iniciados” y el augurio de una nueva época.

A partir de *Las otras puertas* Abelardo Castillo inaugura su entrada en la narrativa literaria argentina. En el devenir de su proyecto literario, Castillo se relaciona con algunas elecciones fundantes que mantendrá a lo largo de su producción – la elección de determinados precursores como Poe, Quiroga, Arlt, Borges-. Claro que estas opciones no funcionan como esquemas fijos y cerrados, sino más bien pone en evidencia la posibilidad de ir elaborando modificaciones a lo largo de las diversas épocas de la escritura personal y del contexto de producción.

En Argentina, a principios de la década del '60 se termina de modelar un sujeto social construido en el seno de fuertes vertientes ideologizadas. La dualidad peronismo-antiperonismo, que aún continuaba vigente pese a la fuerte censura implantada por la Revolución Libertadora; el auge de la corriente sartreana de posguerra, difundida a través

de revistas culturales como *El grillo de papel*, y el replanteamiento de objetivos político-culturales diferentes a los vividos en los '50, entre otras cuestiones, trazaron, dentro de este universo, fronteras móviles que permitieron agrupar a una fracción de intelectuales definidos en sus intereses por cambiar aspectos sociales y políticos de nuestro país.

Castillo explora, bajo la piel de sus personajes, esta complejidad propia de los '60 en Argentina. A fin de cuentas ¿Qué es lo de uno?, ¿qué es lo nuestro? Para responder estas preguntas, el autor se vale de un discurso legitimado en su época: el existencialismo sartreano. A través de estos relatos Castillo encuentra el modo de establecer la importancia de esta filosofía en la Argentina de 1960, y cómo el existencialismo francés toca las fibras íntimas de nuestro sistema social, ayudando a modelar el ideario cultural nacional. Por su parte, la sección de cuentos "Los iniciados" sugiere esta idea. Los cuentos se proponen como algo más que un símbolo para convertirse en una puerta de entrada y comprender el rito iniciático hacia la vida adulta. Este camino no está exento de temor y sus personajes bien lo saben.

Morello-Frosch, en la introducción a una nueva edición de *Los mundos reales* de Abelardo Castillo, refiere cómo la crueldad opera en estos cuentos como restitutiva de la otredad:

La crueldad y la violencia parecen ser endémicas formas de interrelación subjetiva entre los personajes, porque la sociedad está igualmente escindida, y lo contestatario es la única moneda de intercambio social de ese momento. Pero la crueldad puede tener también otras funciones en la cuentística de Castillo, en la cual la violencia y la agresión a menudo se convierten en actos restitutivos, al revelar la otra cara de la moneda. El acto abominable puede ser liberador y el cruel puede resultar un inusitado redentor. (Morello-Frosch, 2008: 17)

Siguiendo a Sartre, la conciencia está en el mundo pero difiere de él, no se halla vinculada a ella y, por lo tanto, es absolutamente libre. Esta condena que pesa sobre el hombre de ser absolutamente libre muestran su costado temerario y cruel en los vínculos que los personajes de Castillo establecen entre sí. Así es como la libertad que obligadamente deben ejercer los iniciados se actualiza en un ejercicio casi ritual en el que el miedo permite restituir la humanidad al otro.

La lectura de los relatos de Castillo requiere no perder de vista este horizonte. El miedo posibilita la confesión para despojar la culpa de sí mismo. Y el refugio posible es el universo individual y su escritura. En este sentido, la confesión solo es posible desde el distanciamiento en relación a los tiempos narrados, quedando a cubierto de su propio infierno personal. Y es en ese acto de escritura confesional que los personajes asumen su libertad.

Bibliografía.

Arán de Meriles, Pampa; María del Carmen Marengo y María Candelaria de Olmos. (1998) *La estilística de la novela en M. M. Bajtín. Teoría y aplicación metodológica*. Córdoba, Argentina: Narvaja.

Aurora, Enrique. "Cruelles, traidores, avergonzado. Una lectura de los cuentos de Abelardo Castillo", en Revista *Espéculo*. Universidad Complutense de Madrid. 2000.

Avellaneda, Andrés. (1983) *El habla de la ideología*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

CALABRESE, Elisa y LLANOS, Aymará de. (2006) *Animales fabulosos. Las revistas de Abelardo Castillo*. Mar del Plata, Argentina: Martín, Fundación OSDE. Universidad Nacional de Mar del Plata, Colección La Pecera.

Castillo, Abelardo. (2008) *Los mundos reales*. Buenos Aires, Argentina: Alfaguara.

Giglio, María Ester. "Haciendo el amor con la literatura", en Revista *Brecha*. Mayo de 1996.

Gilman, Claudia. (1997) *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

Lamana, Manuel. (1967) *Existencialismo y literatura*. Buenos Aires, Argentina: Centro Editor de América Latina.

Morello-Frosch, Marta. (2008) Prólogo a *Cuentos completos, Los mundos reales*. Buenos Aires, Argentina: Alfaguara.

Romero, Luis Alberto. (2001) *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Sartre, Jean Paul. (2002) *El existencialismo es un humanismo*. Buenos Aires, Argentina: Sur.

---. (1970) *El ser y la nada*. Buenos Aires, Argentina: Iberoamericana.

---. "Bosquejo de una teoría de las emociones". *Weblioteca del pensamiento*. Disponible en línea: <http://www.weblioteca.com.ar/occidental/emociones.pdf> (consultado 27/11/2013)

Sigal, Silvia. (1991) *Intelectuales y poder en la década del '60*. Buenos Aires, Argentina: Punto Sur.

Terán, Oscar. (1991) *Nuestros años Sesentas*. Buenos Aires, Argentina: Punto Sur.

Vásquez Rocca, Adolfo. "Sartre: Teoría fenomenológica de las emociones, existencialismo y conciencia posicional del mundo". *Nómadas*. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas, XXXVI, Abril 2012. Madrid, España. Disponible en línea: http://pendientedemigracion.ucm.es/info/nomadas/36/adolfovrocca_2.pdf (consultado 27/11/2013)